Año LIV.-N.° 235. Barcelona, jueves 28 de Agosto de 1913.

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trim. Extranjero ptas. 9 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES Escudillers Blanchs, 8 bis, bajos. | ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

Se vende tartana y charret a buen precio Cometa, 3. De 8 a 10 y de 2 a 4.

LOCAL PARA COCHERA con habitación, se desea alquilar; Raurich, 14, panadería.

Crónica diaria.

De presidiario a concejal.

Decididamente los habitantes de los Estados Unidos de América son nuestros antípodas morales y materiales. Véase, sino, la siguiente carta de un concejal que acaban de publicar los periódicos de Filadelfia. Dice así:

«Yo no soy Guillermo Burke, político influyente y respetado, concejal y comerciante.

Yo soy el antiguo presidiario Benjamín Tripp, que estuvo varios años preso por haber cometido un robo de consideración.

Cuando cumplí mi pena decidí regenerarme.

Vine a Filadelfia con nombre supuesto y empecé a trabajar.

Fui dependiente de comercio y, habiendo hecho algunos ahorros, me establecí.

Luego me casé y tengo varios hijos.

Mi mujer me adora. Mis hijos me respetan. Mis amigos hablan bien de mí. Mis clientes me consideran honrado y atento. Mis electores varias veces me han demostrado su estimación.

Pero hace algunos días un antiguo presidiario, un compañero de cadena, vino a Filadelfia y me reconoció.

Se presentó en mi despacho y me dijo sin otro preámbulo:

—Tú no eres Guillermo Burke, sino Benjamín Tripp, condenado por robo. Engañas al mundo. Si no me das 10,000 dollars mañana Filadelfia entera sabrá tu pasado.

Yo le contesté:

Haz lo que quieras. Te advierto que al pedirme dinero ofreciéndome en pago tu silencio, cometes una estafa. Te perseguiré ante los tribunales.

El me miró muy asombrado. Luego replicó:

—¿Tú, Benjamín Tripp, me vas a perseguir judicialmente? Estás loco. Te dejo ocho días para reflexionar.

Y se fué.

El plazo que me concedió mi antiguo compañero de cadena expira mañana. No he

querido esperar a que termine. No he querido tampoco comprar su silencio, y no por codicia, sino porque estoy decidido a no cometer ninguna indignidad.

Por eso escribo esta carta y la envió a la Prensa.

Ya saben todos quien soy. Pongo mis cargos políticos a disposición de quienes me los dieron. Pongo mi crédito de comerciante en manos del público.»

Los electores de Burke se han reunido en asamblea y han acordado reiterarle su confianza.

Sus amigos políticos le han confirmado en los cargos que desempeña dentro del partido a que está afiliado.

Sus clientes han acudido en tropel a su establecimiento para expresarle su simpatía.

La Prensa de Filadelfia le dedica artículos cariñosos.

En cuanto al expresidiario que quería denunciarle ha desaparecido de Filadelfia.

¿Qué te parece lector? ¿No es esto diametralmente opuesto a lo que aquí ocurre?

Allí, un ex presidiario ejerce muy bien el cargo de concejal. Aquí, ocurre lo contrario. Hombres activos, diligentes, probos, antes de entrar en el Municipio, se convierten al entrar en posesión de la venera, en modelos de ineptitud, pigricia, y

de algo más también
que no es de repetir...

Nada: se vé que es cuestión de latitud. Resignémonos.

Gacetilla.

Parece ser que en el seno del partido radical ha echado raíces muy profundas la discordia y que el descontento es cada día mayor por el comportamiento del jefe. Este decretó hace poco la disolución de la Junta municipal, con la pretensión de que en la que haya de sustituirla no tengan representación más que los Centros con domicilio propio, lo cual apartaría a casi todas las Juventudes de los organismos directivos del partido.

Esto produjo grandes protestas. El criterio de Lerroux cayó como una bomba entre los reunidos, los cuales sostuvieron con aquél discusiones violentísimas, acabando por rechazar la proposición por gran mayoría de votos.

Las juventudes no pasan porque se anule su personalidad dentro del partido en el que representan el criterio más radical e intransigente, que es por lo demás, el que entre los partidarios de Lerroux tiene más ascendente.

Se concede a estos incidentes excepcional importancia, por ser la primera vez que en el partido radical se desatiende y se rechaza con violencia, un criterio o una orden de Lerroux.

En la plaza Mayor del vecino pueblo de Sarriá se verificarán en la noche del día de hoy sesiones cinematográficas y en los intermedios tocará la banda de la Cruz Roja las mejores piezas de su variado repertorio.

Por real orden de 2 del actual se autoriza a los maestros de Barcelona que lo deseen, para asistir al Congreso Español Internacional de la Tuberculosis que ha de celebrarse en San Sebastián del 9 al 16 de Septiembre próximo, debiendo los maestros que asistan a dicho Congreso poner en conocimiento de la delegación regia el día en que se ausenten y el de su regreso y no pudiendo permanecer ausentes de sus escuelas más que el tiempo preciso para concurrir a las sesiones del Congreso.

Bolsín mañana.

Interior, 85'37 operaciones; Nortes, 102'85 dinero; Alicantes, 99'40 dinero.

Noticia de los fallecidos el día 21 de Agosto de 1912.

Casados	4	Viudos	0	Solteros	2	Niños	4	Abortos	00	Nacidos	Varones 13
Casadas	5	Viudas	3	Solteras	1	Niñas	5				Hembras 16

El molino de trabajo.

Un juez inglés que lleva bastantes años llenando de delincuentes y criminales las cárceles del Reino Unido, que condenó a bastantes individuos a esa horrible forma de trabajo forzado que llaman cilindro ó molino de trabajo, quiso saber por sí mismo si realmente este castigo era o no duro.

Y se dirigió a una cárcel, habló con el director y se coló en uno de aquellos cuartos cilíndricos en cuyo centro giran los escalones sin fin que hay que ir subiendo, so pena de verse estrellado o mutilado.

El empleado de la cárcel puso en movimiento el aparato, el juez comenzó a subir escalones y aun no habían transcurrido dos minutos cuando ya estaba pidiendo que detuviesen la marcha del cilindro. ¡Ya no podía más!

Pero el empleado de la cárcel no pudo servir al juez. Había puesto en marcha el aparato por el mínimo de tiempo, y este mínimo son veinte minutos.

Cuando se acabó la cuerda salió el juez como para llevárselo en una espuerta.

¿Influirá esta experiencia en sus sentencias futuras?

El arte de no envejecer.

Por considerarlas muy apropiadas, reproduzco las teorías del doctor Lorand, según las cuales se alarga la vida y se conserva la frescura de la juventud.

No fío mucho en ningún procedimiento tendente a que el proceso vital sea más largo por consecuencia de medicación continua. Más fe tengo en un régimen ordenado de vida que en la eficacia de toda la farmacopea conocida; pero cuando habla la Ciencia hay que abrirle paso y luego tome cada cual de ella la parte que mejor le convenga.

Dice así el periódico del que tomamos estas notas:

"Dicen los médicos que la edad de cada cual está en sus arterias, y en opinión de doctor Arnold Lorand, de Carlsbad, todo depende en nuestro organismo del estado de la glándula tiroides, esa glándula valvular, sanguínea, que cubre la parte anteroinferior de la laringe.

Hace ya años que el doctor Lorand administró a los enfermos extracto de glándula tiroides de carnero. Las curas obtenidas fueron acogidas con escepticismo por el público; pero el doctor continuó sus experiencias y afirma que al restaurar la glándula tiroides se puede devolver a una señora no sólo la salud, sino también la frescura de la juventud. Cita el caso de una señora de sesenta y cinco años que, después de unos meses de tratamiento, no había quien creyese que tenía más de cuarenta y dos. Un señor de cuarenta y cinco ha rejuvenecido diez tomando todas las mañanas, durante doce meses, extracto de glándula de carnero. Conviene añadir que este tratamiento, tomado con regularidad en dosis pequeñas, conserva la salud y la juventud."

He dicho y repito que sólo a título de información reproduzco semejantes teorías; pero el docto Lorand da a continuación tan acertados consejos, que no quiero privar a mis lectores de lo que creo base principal para sostener la salud.

He aquí los doce consejos del doctor Lorand, ninguno de los cuales tiene desperdicio:

1.ª Vivid el mayor tiempo posible al aire libre y al sol.

2.ª No comáis carne más que una vez al día. El resto del tiempo alimentaos de huevos, legumbres y leche. Masticad largo tiempo y con suavidad.

3.ª Bañaos todos los días y tomad un baño caliente cada semana.

4.ª Purgaos con frecuencia.

5.ª Evitad los vestidos impermeables. Usad algodón con frecuencia.

6.ª Acostaos temprano y levantaos temprano.

7.ª Dormid en un cuarto tranquilo y oscuro con una ventana abierta. No dormir menos de seis horas y media ni más de siete y media. Las mujeres pueden dormir una hora más que los hombres.

8.ª Procurad reservar un día a la semana durante el cual no leeréis ni escribiréis una sola palabra.

9.ª Evitad las grandes emociones.

10. Casaos.

11. Bebed poco alcohol, café y te.

12. Evitad las casas húmedas, las demasiado expuestas al sol y las mal ventiladas.

C. DE S.

La adolescencia de los grandes hombres.

A los hombres célebres resulta difícil imaginárselos de niños, jugando a las bolitas o la gallina ciega; no parece sino que ciertas celebridades hayan debido nacer ya en madurez perfecta, sin ninguna de las travesuras de la infancia.

¿Es posible imaginarse a Napoleón a la edad de 10 años? ¿Los tuvo alguna vez? El vencedor de Waterloo entra también en la misma categoría y, no obstante, cuando vemos retratos de estos hombres en su juventud no parecen muchachos más desagradables que otros cualesquiera.

Otros hombres—tales como Mark Twain el célebre humorista — parecen, por el contrario, no haber sido nunca más que niños. Estos tales, eternamente jóvenes, tienen por regla general un corazón grande y generoso.

La Historia convierte con frecuencia en semidioses o en todo lo contrario a hombres lo más ordinarios; pero no puede perjudicar a cierta clase de hombres. Se precisaría algo más que Trafalgar o Santa Cruz para despojar a Nelson de la juventud y lozanía de carácter que le distinguían. Nelson no es menos heroico por haber conservado hasta e fin su corazón de niño y su gran bondad.

Napoleón era objeto de las burlas y bromas de sus camaradas en el colegio militar de Brienne, donde permaneció cinco años sin intimar con nadie; detestaba aquella escuela y rogaba con insistencia a sus padres que lo sacaran de allí. Esto probablemente obedecía a que ni siquiera sabía el francés.

En Wellington, el vencedor definitivo de Napoleón, encontramos un ejemplar del muchacho que, siendo bien poca cosa en el colegio, alcanza la celebridad. Hoy está orgullosísimo de haberle tenido en su seno el famoso colegio de Eton, pero sin recordar de él nada bueno ni malo.

Otros muchachos hay que comienzan la vida como otros tantos prodigios; tales son los Millais, los Lawrence, que se nos presentan con el lápiz o los pinceles en la mano en su más tierna edad. Tales son también los Mozart, los Chopin y los Handel, que realizaron después todo cuanto de niños prometían. Sin embargo, estos pequeños prodigios son más bien la excepción; la mayoría de ellos desaparecen pronto.

En la música es donde suele revelarse mayor precocidad. Chopin, Handel y Mozart son de ello ejemplares clásicos: el primero a los cuatro años encantaba a sus compañeros con sus improvisaciones en el piano; Handel logró vencer con su fuerte vocación la resistencia paterna a que siguiera los estudios de música, y en cuanto a Mozart nos parece inútil repetir lo que nadie ignora sobre su precocidad artística.

En James Watt vemos que el talento puede saltar una generación; su abuelo había sido un notable profesor de Matemáticas y el chico era ya a los seis años mejor matemático que sus condiscípulos de diez y seis. La conocida historia de la tetera no fué sino el preludio de una vida de constantes investigaciones.

Los norteamericanos admiran a Abraham Lincoln casi tanto como a Jorge Washington. El padre de Lincoln jamás supo leer ni aun escribir su nombre; pero tenía un excelente carácter que supo transmitir a su hijo, gracias a la excelente educación que al niño inculcó su esposa.

Si bien Millais fué un niño notable, hay que convenir en que sir Thomas Lawrence es quien se lleva la palma en la precocidad para la pintura. Su padre era el dueño de la Hostería del Oso, en Devizes; a la edad de cinco años el pequeño Tommy, como entonces se le llamaba, podía recitar de memoria, sin equivocarse, a Milton, Shakespeare y Pope y hacer excelentes retratos al carbón; en dibujar, sombrear y terminar un retrato no empleaba más de siete minutos, y todo esto era ya capaz de ejecutarlo antes de haber cumplido la edad de diez años.

Tomás Lawrence fué nombrado miembro de la Academia Real de Londres a los veintiún años, distinción que nunca anteriormente se había discernido a una persona de esa edad, y presidente de la misma Academia a la edad de cincuenta y tres años.

Admirables son, verdaderamente, esos hombres y admirable su precocidad, no hemos de negarlo; pero no parece que la sociedad deba desear la multiplicación de esos fenómenos. Como al principio indicamos, esos casos esporádicos son excepciones a la regla general que rige el desarrollo de las facultades humanas.

La condesa María y la marquesa Silvestri cambiaron un afectuoso beso; con la condesa Manuela y con Nora la marquesa se limitó a estrecharles la mano. La joven se sobresaltó y sonrojó al ver a Mario; pero no había cambiado con éste más que un saludo cuando compareció el barón Morangi.

—¿También ustedes en el concierto?—preguntó saludando con galantería a las dos condesas y a Nora—. ¡Ah! Verán qué espléndida sala, qué golpe de vista tan estupendo. Estará la flor de la aristocracia... y se aguarda también a la princesa Leticia. Pero la concertista lo merece, es una verdadera celebridad... y una belleza maravillosa.

La condesa María y la marquesa Silvestri se apresuraron a sentarse. Nora hizo lo propio a su lado; únicamente Manuela parecía satisfecha de aquella conversación y se colocó en segunda fila al lado del barón. A la madre de Nora le gustaba reir, charlar, y la proximidad de su cuñada y de la marquesa la entristecía.

El conde Luca y el marqués Mario, luego de cambiar unas cuantas palabras, se separaron; el joven, después de un momento de vacilación, fué a sentarse al lado de Nora, a despecho del barón, y el conde dejó la sala sin que ninguno de los suyos lo notase.

La marquesa Luisa Silvestri, que frisaba en los cincuenta años, tenía los cabellos blancos como la nieve, pero conservaba el rostro fresquísimo. Había sido una joven admirable. Huérfana de madre a los quince años, Luisa supo tomar el gobierno de su casa y alegrar los días de su padre, a quien la muerte repentina de su esposa entristeció. Por ella el pobre hombre pudo recobrar la razón y bendecir aun la vida.

Testigo de sus virtudes, el marqués Silvestri, riquísimo, solo amigo del padre de Luisa, cuando ésta cumplió los veinte años la pidió por esposa al autor de sus días.

—Es mi hija la que ha de contestar—dijo el anciano.

—Yo no abandonaré nunca a mi padre—respondió con acento resuelto la joven.

—Ni yo le pido que le abandone—replicó el marqués—. Pero si antes tenía en mí un amigo, ahora tendrá un hijo.

Así se efectuó el matrimonio.

La buena muchacha no podía ser más que una buenísima esposa y una madre modelo; en efecto, nadie había hablado nunca de la marquesa más que con respeto y veneración.

Pero la desventura no tardó en llamar a la puerta de su casa y precisamente cuando Luisa se creía la más feliz de las mujeres, porque su hijo crecía digno de ella y su esposo se había convertido en uno de los jefes más influyentes de uno de los partidos monárquicos turnantes.

Primero murió su padre, velando de luto su existencia tranquila, y luego, cuando comenzaba a consolarse, recibió inesperadamente la noticia de la muerte de su esposo, quien había salido de paseo a caballo y arrojado por éste contra un árbol, murió instantáneamente a consecuencia del golpe que recibió en la cabeza.

Al principio la marquesa no quería creer aquella horrible desventura; pero cuando le llevaron a casa el cadáver de su marido, también ella se sintió morir. La terrible desesperación de su hijo calmó la de Luisa; fué la pobre madre la que consoló a Mario y le ayudó a soportar aquella desventura.

Pero desde aquel día se notaba en el rostro de la viuda y en el de su hijo una sombra de melancolía que no se disiparía nunca.

Ahora la marquesa Silvestri se dedicaba por completo a ejercer la caridad; su hijo, a pesar de sus inmensas riquezas, se había dedicado a la escultura y sus hermosas cabezas de vírgenes y santos habían obtenido más de un premio en la Exposición y eran prontamente adquiridas. La marquesa Silvestri no tenía más que una sola y verdadera amiga: la condesa María; las dos señoras habían nacido para comprenderse.

Mario era un guapísimo joven de veinte y seis años, de facciones finas y regulares, como las de su madre, con la misma blancura de tez, que hacían resaltar aun más el bigote y los cabellos, que eran negrísimos. Sus ojos eran también negros, de mirada leal y firme; su figura era esbelta, elegante, aristocrática. Y a tantos atractivos físicos unía el alma más bella que se puede imaginar, un alma llena de delicadeza, de bondad, de exquisita poesía, un carácter franco, vehemente, siempre pronto al afecto, al deber, a la abnegación.

El joven había llegado a aquella edad sin haber amado aun. La adoración pura y santa que sentía por su madre le impedía pensar en otras mujeres. Mario había adivinado los proyectos de matrimonio que la condesa María y su madre tenían para él; pero aunque encontrase a Nora bellísima, no era el ideal encantador que él había soñado.

La educación frívola dada por Manuela a su hija, las excentricidades de ésta, la ligereza de carácter de su madre y la vida de disipación del conde, todo contribuía a alejar de su corazón a la muchacha.

Sin embargo, no quería truncar de un golpe las ilusiones de su madre, ya que ésta, hablando de Nora, le había dicho:

—Es una cabecita un poco ligera; pero María me aseguró que tiene un corazón de oro y que un marido honrado y prudente al que ella amase, que supiese guiarle con mano firme, podría hacer de Nora la más encantadora, la mejor de las esposas.

Ahora, sin ser fatuo, Mario había comprendido que él no lo era indiferente a Nora, que la muchacha se sonrojaba al verle, que sus ojos le buscaban siempre, cuando se encontraban juntos en sociedad, y que su manita temblaba cuando tocaba la suya. Por esto no confesó enseguida a su madre que él no se sentía aun atraído amorosamente por Nora, porque pudiera darse el caso de que tratándola con intimidad la encontrase mejor de lo que le parecía y se decidiese a ligar para siempre su existencia.

—¿Ha venido gustosa su tía a este concierto?—preguntó Mario sentándose al lado de Nora.

Ésta le miró fijamente, con aquellos ojos tan luminosos, que en aquel instante resplandecían de alegría.

—¡Oh, sí, mucho!—exclamó—. Y no puede imaginarse cuán feliz me ha hecho. ¡Cómo agradezco a su mamá de usted el que le haya inducido a venir! La tía necesita de vez en cuando sustraerse a los tristes recuerdos que atormentan su existencia. ¡Es tan joven... y aun tan bella!... Mírela, marqués, y dígame si ella y la mamá de usted no representan el ideal de la belleza celestial.

Nora hablaba con tanta sencillez y sinceridad, había en su acento tanto cariño a la condesa María, tan ingenua adoración, que Mario se sintió profundamente conmovido.

—Tiene razón, condesita—respondió.

—Llámeme Nora—dijo la joven sonrojándose ligeramente, pero con su habitual franqueza—. Mi tía es una hermana para su mamá y usted, pues, debe ser para mí un hermano.

Mario sonrió sin decir nada, pero inclinando ligeramente la cabeza.

—¡Si supiese cuán feliz sería yo si tuviese un hermano mayor!... De niña me sentía muy sola, mis padres no se cuidaban de mí, y mi tía, la infeliz, no hacía más que llorar y mis besos no bastaban para enjugar sus lágrimas. Yo tenía la sangre hirviente en las venas, no podía estarme quieta y con frecuencia rompía algún objeto para atraer la atención hacia mí. Yo he sido muy mala, créalo.

Había tan adorable gracia en esta última frase, que el corazón de Mario se declaró vencido.

—Pecado confesado, medio perdonado—murmuró el joven sonriendo y dejándose llevar del encanto de aquella conversación—. ¿Y ahora no lo es usted ya?

También Nora sonreía, mostrando sus bellísimos dientes.

—¡Oh! Alguna vez—respondió—mi maldad resurge; pero basta una palabra de mi tía, una mirada suya, para que sienta enseguida el deseo de ser buena. Mi tía María es mi ángel protector y, créalo, preferiría morir antes que darla el menor disgusto, que verla sufrir por causa mía.

La emoción de Mario aumentaba. La muchacha, que le hablaba con tanta sinceridad y nobleza, que sentía tan patentemente el reconocimiento, el cariño, habría de ser, seguramente, una esposa modelo. ¡Su madre no se engañaba!

El rostro de Mario se había iluminado.

—Sus sentimientos la honran, Nora—dijo.

La sala iba llenándose de gente; se reía, se hablaba en voz alta, moviendo sillas y butacas; la concertista se había atraído todas las simpatías.

El barón Morangi decía entretanto a la condesa Manuela:

—¿Su divina Nora no ha sentido los efectos de la vivísima impresión experimentada esta mañana?

—En absoluto—respondió lánguidamente la condesa—. Mi hija es como yo, intrépida ante los peligros... Las fuertes emociones la embellecen aun más.

—En efecto, esta noche se halla admirable... Pero, dígame, condesa; ¿es cierto que se hacen proyectos de matrimonio respecto al marqués Silvestri y a Nora?

—Aun no se ha hablado de ello en casa—respondió evasivamente Manuela—. Sin embargo, creo que mi cuñada madura ese proyecto.

—¿Pero es posible que la divina Nora lo apruebe? ¿Una flor tan espléndida irá a acabar en manos de un colegial que no conoce la sociedad y mucho menos a las mujeres? La encerraría en su casa como en un convento y la haría desgraciada.

Manuela se inclinó hacia el barón y bajando la voz dijo:

—Nora... sufre la influencia de su tía, una beata que no puedo sufrir; pero hay que hacerla buena cara, porque es riquísima y nosotros somos sus únicos parientes; ¿comprende?

—Sí... la comprendo y lo apruebo—respondió vivamente y también en voz baja el barón—. Pero la condesa María no querrá sacrificar a su sobrina, especialmente si la misma Nora le demuestra su preferencia por otro.

Manuela miró sorprendida a su interlocutor.

—¿Quién sería ese otro?

—¿No me ha comprendido? ¿Y no me autorizó usted misma para hacer la corte a su hija? Nora ha tenido para mí hasta ahora una especial deferencia... y estoy seguro de que se halla esta noche a disgusto al lado de aquel santurrón, pero que no osa volver la cabeza por no disgustar a su tía.

Manuela no era de la misma opinión; pero la observación del joven la hizo reir.

En aquel momento su atención fué atraída por la entrada de la princesa Leticia.

Todos los ojos se volvieron a ella, todas las cabezas se inclinaron, mientras la princesa, radiante de belleza, con un tocado espléndido, admirable, saludaba con la cabeza y pasaba serena entre aquella compacta muchedumbre para ocupar su puesto en las butacas doradas delante de la plataforma.

La presencia de la princesa fué la señal para el comienzo del concierto.

Primero apareció un joven tenor que cantó con mucho sentimiento una romanza del Tosti, admirablemente acompañado por un notable pianista. Después el mismo pianista ejecutó solo algunas composiciones de Liszt, de Bach y de Chopin, que fueron muy aplaudidas. Pero la espectación la producía la violinista.

De repente, un murmullo general se extendió por la sala. Sentado en una poltrona apareció Aldo Serra, el célebre violinista, con las piernas y el brazo derecho paralizados. Aun conservaba su fisonomía fresca de otros tiempos; pero sus cabellos, que le caían en rizos sobre el cuello, eran blancos como la nieve y hacían resaltar aun más el azul deslumbrante de sus ojos.

La concurrencia, como electrizada, se puso en pie a aplaudirle; fué una verdadera e interminable ovación. Aldo bajó la cabeza conmovido y dos ágrimas rodaron por sus mejillas. Sus conciudadanos no le habían olvidado.

La ovación no había aun cesado cuando una joven de angelical belleza, vestida con sencillez de blanco, sonriente, con el violín en la mano, apareció en la plataforma.

Era una visión divina que electrizó enseguida a la muchedumbre.

Y la bella, radiante criatura no era otra que la linda niña que en otros tiempos había ocupado en casa de Aldo el puesto de la niña muerta, de la pobre Nella.

Y su aparición había devuelto la razón al artista, evitando que cometiese un delito un ser en el fondo honrado.

En el mismo momento en que Pietro moría resurgía el ángel que él había salvado.

SEGUNDA PARTE

El secreto terrible.

I

CUANDO Aldo Serra recobró los sentidos y la razón a la aparición de aquella linda niña que tanto se asemejaba a la muerta, que le recordaba sus sonrisas, hasta sus mismos gestos, estuvo algunos días sin escuchar el tumulto de pensamientos que se atropellaban en su mente, no ocupándose más que de aquella niña que le llamaba con tanta dulzura papá, que no rechazaba sus besos, sus locas caricias y que le pedía que tocase el violín, cuyos sonidos escuchaba extasiada, como su adorada pequeñuela.

Pero cuando aquella tempestad de afectos se hubo calmado y la agitación del pensamiento dió lugar al raciocinio, comprendió que aquella niña no podía ser la suya y que alguna alma piadosa la había puesto en el lugar de la muerta para llamarle a la vida, a sus deberes, a la razón.

Aldo recordó todas las fases de la enfermedad de la niña, el momento de su muerte, las tinieblas que habían ofuscado en aquel instante su inteligencia, haciéndole vivir en sueños insensatos y penosos, su despertar á la *resurrección del ángel* que había ido a ocupar el lugar de la muerta.

¿Pero quién era aquella niña? ¿Quién la había enseñado a llamarle papá

a batir palmas al sonido de su violín? ¿Y no llegaría el momento en que sus verdaderos padres se la llevaran, dejándole de nuevo desconsolado y solo?

A esta idea Aldo bajó pensativo la cabeza, sumiéndose en una meditación; su pálido rostro se había ensombrecido; de su pecho salió un profundo suspiro. Repúsose de aquella emoción y llamó a Rosa; la niña jugaba tranquila en un rincón con la muñeca de la muerta.

—Ven, Rosa, tengo que hablarte y no quiero que mientas—dijo en tono resuelto el artista, haciendo sentar a la nodriza a su lado.

La buena mujer se sonrojó.

—¿Qué quiere decirme, señor Aldo?—balbuceó.

—Tengo el derecho de saber quién es la niña que usted puso en el lugar de la mía.

Rosa temblaba.

—Pues es la suya, señor Aldo.

—Te he dicho que no mientas; tú podías hacerme creer esto cuando yo estaba enfermo, loco por el dolor y hasta en la muñeca de mi hija veía las facciones de ésta... Pero ahora que esa ilusión se ha desvanecido, que, gracias a tu afecto, a tu devoción, he recobrado la razón, veo que la sustitución de la niña ha sido una dulce estratagema para volverme a la vida... y que este ángel no me pertenece.

—Sí... si usted quiere, le pertenecerá siempre—exclamó resuelta Rosa.

—¿Cómo? Explícate.

Rosa dirigió una mirada a la niña, que continuaba jugando con la muñeca, hablándola gravemente, como lo habría hecho con una persona que le pudiese responder.

—Señor Aldo—dijo con voz conmovida Rosa—, usted ya sabe que tengo un solo hermano que adoro, aunque en algunas ocasiones me haya dado disgustos con su carácter impetuoso e irreflexivo. Pero hace dos años que Pietro se ha vuelto juicioso; está en casa del conde Luca Rienzo, un aristócrata turinés, bueno, generoso que trata a mi hermano como a un amigo y no como a un criado. En estos dos años yo no había visto a Pietro, cuando algunos días después de la muerte de Nella, una noche, mientras usted tocaba el violín en la alcoba de la muerta indiferente a todo lo que sucedía a su alrededor, oí llamar a la puerta de la casa. Figúrese mi sorpresa cuando, abierta la puerta, vi en mi presencia a Pietro, que llevaba a la niña dormida en brazos.

—Sé que tu dueño está loco—dijo con voz agitada—y que te hallas sola con él en casa. ¿Puedes darme asilo por esta noche? No quiero que nadie del pueblo me vea.

—Entra—respondí—. Imagínese mi emoción; hice pasar a mi hermano a la salita de abajo, le obligué a dejar la niña sobre el sofá y agregué: Ahí reposará mejor. Por lo pronto, díme de quién es esa niña y a qué vienes por aquí a estas horas.

—Un momento—me respondió, desembarazándose de la manta y sentándose a la mesa—. Ante todo, te ruego que me des algo que comer y beber, porque me muero de hambre y de sed.

Me apresuré a servirle; tenía yo el corazón angustiado y un profundo miedo. Nunca había visto a mi hermano tan pálido, tan sombrío; sus miradas huían de las mías, había arrojado el sombrero a un rincón y se pasaba febrilmente la mano por la frente. Apenas comió, pero bebió ávidamente. Usted continuaba tocando; la pequeñuela dormía.

—Tu dueño es feliz—me dijo—porque vive en otro mundo lejano del nuestro. Ha perdido su niña, ¿verdad?

—Sí—respondí en voz baja—, y eso es lo que le ha enloquecido; pero tiene una locura dulce que no molesta a nadie. Toca su violín, convencido de que su hija le escucha... e igual hace todas las noches. Perdóneme, señor Aldo, si he osado hablar así de usted.

En los labios del artista se dibujó una sonrisa triste, dolorosa.

—No decías más que la verdad—respondió—. Continúa.

Rosa prosiguió:

—Mi hermano quedó un instante pensativo y dos o tres veces miró con cariño y compasión a la niña, que dormía y cuyos cabellos rubios, despeinados, la cubrían por entero el rostro, que yo aun no había tenido tiempo de ver.

—Háblame de ti—le dije—. ¿Qué te ha sucedido?

—No quiero ocultarte nada—me respondió después de apurar otro vaso de vino—. El año pasado conocí a una joven que se titulaba viuda y que era madre de esta niña; era honrada y trabajaba en casa. Me enamoré de ella y estaba decidido a casarme, convirtiéndome en padre de esta pequeñuela, que se había encariñado conmigo. Una noche la infeliz joven me hizo llamar; estaba moribunda. Una pulmonía violenta la llevaba a la tumba y, viendo su fin próximo, quiso hacerme su confesión. Ella no era viuda; su marido estaba en presidio por haber matado a un hombre en riña y había jurado que al salir de la prisión se desembarazaría de ella y de la niña, matándolas a ambas. Por si la infeliz moribunda ya no temía, pero temblaba por su hija.

—La confío a usted, sálvela—me suplicaba entre los estertores de la agonía—. Si su padre no la matase, sería más tarde una mujerzuela; usted es bueno, Pietro, me ha amado y no desoirá mi último ruego; tome usted la niña... es suya... déjela ignorar quién es su padre... dígale que los autores de sus días han muerto, hágala creer honrada como usted es, y yo le bendeciré desde la otra vida.

—Le juré cumplir su deseo; me llevé enseguida a la niña, pedí a mi dueño con un pretexto permiso para ausentarme algunos días... y he venido aquí a pedirte consejo... porque yo no puedo tener conmigo a esa pobre criaturita.

—El relato de mi hermano me conmovió hasta hacerme llorar—agregó Rosa—. Has realizado una buena acción—dije a Pietro—sustrayendo esa criatura a la triste suerte que la aguardaba. ¿Ha muerto su madre?

—Sí, ha muerto feliz, fiando en mi promesa.

—¿El padre de la niña estará aun bastante tiempo en presidio?

—Lo ignoro, no me he informado—respondió Pietro—, pero lo sabré; de

Los tres poderes

Erase que se era un rey que tenía tres hijos; los vistió de colorado... y ya está el cuento empezado.

Y en verdad no los vistió de colorado, sino de negro, color de luto; porque el bueno del rey estaba para morir cuando llamó a los tres hijos y les habló de esta manera:

—Ya veis cuán de prisa me voy al panteón sin llevarme a él más de lo que queráis ponerme por mortaja; no me llevo mi reino, ni mis riquezas, ni mis honores, ni mis palacios, porque es la fosa tan estrecha, que en ella no cabe sino el cuerpo. Lo demás ahí queda para vosotros. Pero puedo llevarme un consuelo, que eso no ocupa lugar e irá sentado en mi corazón. Y es el de saber que os repartís mi herencia sin disputas ni rencores que turben la paz de mi sepultura. Así, pues, escoja cada cual de vosotros la parte que apetezca, y, si no hubiera conformidad, yo la pondré en las pocas horas que me restan.

—Yo—dijo el mayor—escojo la corona, con el poder y autoridad que representa. Y no pido nada fuera de justicia, porque ellos tocan al primogénito, según leyes y costumbres de nuestro reino.

—Dices bien; tuya es la corona.

—Yo—dijo el segundo—escojo los tesoros y haciendas, porque es justo que quien es hijo y hermano de reyes tenga con qué sustentar el decoro de la majestad.

—Y si os lleváis todo por derecho de primacía, ¿qué dejáis para vuestro hermano menor, que es tan hijo y hermano de reyes como lo sois vosotros?

—Le quedan los palacios de la ciudad y de recreo que no deba ocupar el rey futuro.

—Ni los necesito ni los quiero—dijo el menor—; porque palacio sin rentas, antes da risa que respeto. Dejadme solamente la biblioteca de la familia. No hará gran falta a mis hermanos; y si les fuere menester, bien podrán el uno conquistar y el otro comprar biblioteca mejor que esta. Y os juro por el reposo de nuestro padre que mi elección va tan conforme con mi gusto y quedo tan contento con mi parte, que no habría escogido otra a ser yo el primogénito.

—Hágase como lo pedís. Y muero tranquilo, puesto que os dejo en paz.

Y murió el buen viejo, que había sido un buen monarca, aunque, por tradición de su país, monarca despótico, como se echa de ver por el reparto que hizo de su herencia, sin sujetarse a otra ley que su voluntad.

Ulrico, que así se nombraba el hijo mayor, entró a gobernar su reino, un Estado constituído autoritariamente en la semicivilización de la antigua autocracia slava.

Wladimiro, el segundo, pasó a gozar de su opulencia, llevando vida de príncipe rico, parte soberano en cuanto a los fueros, preeminencias y ventajas, y parte vasallo en cuanto a la independencia de la vida y la persona, estado cómodo y envidiable, tan libre de la obligación de mandar como descansado de la pesadumbre de obedecer.

Sergio, el menor, se dió a perfeccionar su sabiduría, que ya era grande, y a cultivar su entendimiento, que no era poco, según se puede advertir por la elección de su herencia.

El rey Ulrico disponía a su antojo de vidas y haciendas, mandaba los ejércitos de tierra y mar, recibía embajadas de soberanos extranjeros y homenajes y reverencias de los súbditos propios. Pero, no poseyendo otras rentas que las de su lista civil, no muy abundante, vivía con modestia desproporcionada a tan grande poder y autoridad. Y envidiaba a su hermano Wladimiro.

Wladimiro vivía con tanto rumbo y boato que, mejor que príncipe de las rudas dinastías slavas, se le creyera un príncipe de las antiguas dinastías babilónicas. Festines, banquetes en su palacio de la ciudad, cabalgatas y monterías en sus palacios de recreo, legiones de criados y de aduladores, corte de parásitos más numerosa que la corte oficial de su rey. Pero no tenía el poder soberano. Y envidiaba a Ulrico. El uno se emborrachaba en una orgía de autoridad; el otro en una orgía de placer.

Y ambos concordaban únicamente en una cosa: en desdeñar a Sergio, que, ni rico ni poderoso, pasaba sus días en el estudio y la meditación.

—Todo lo puedo yo con mi acero—decía Ulrico acariciando con la mano su espada, ante la cual temblaban sus vasallos.

—Todo lo puedo yo con mi oro—decía Wladimiro, tirando al aire sus monedas, ante las cuales se humillaban las turbas y se abrían las puertas y se doblaban las voluntades y los amores.

Y, efectivamente, el rey, a fuerza de tiranías, cohechos y exacciones, pudo ser y fué rico, chupando la sangre de sus súbditos.

Y el príncipe, a fuerza de dádivas y corrup-

ciones, se atrajo gran golpe de parciales—que el oro los recluta fácilmente entre los malos—, los cuales le proclamaron por rey de un territorio vecino.

Ulrico y Wladimiro quedaron henchidos de satisfacción y de orgullo pensando que habían ya encadenado la felicidad.

El mando y la riqueza piden tanta suerte para conseguirlos como discreción para emplearlos. Y de esta cualidad carecían precisamente ambos reyes, por lo cual se desesperaban viendo con sorpresa y con ira que con todos sus esplendores deslumbrantes ni la fuerza conquista ni el oro compra una sola lucecilla de entendimiento. Y aquellos dos pobres de inteligencia, si alguna vez la tuvieron en su espíritu, nunca la descubrieron por falta de labor y cultivo. Porque estaban criados a la usanza de aquellas razas antiguas, que fiaban todo a los prestigios de la alcurnia y de la fuerza. Bastábales con saber echar una firma garabatosa o manejar una espada reluciente. Cualquier otro oficio, así fuese liberal, era reputado por vil y digno sólo de gentecillas asalariadas para discurrir por los magnates, quienes se hacían servir el alimento intelectual de la misma manera que el alimento corporal, por servidores mercenarios.

Así se embrutecieron aquellas razas; así se petrificaron aquellas naciones, purgando en la dominación extranjera el pecado de subvertir la obra de la naturaleza, que coloca al cerebro en la cima de la figura humana para mostrar su supremacía. Y así lo pagaron los soberbios príncipes. Sus depreciaciones, tiranías y derroches provocaron la ira de sus súbditos y la enemistad de otros reinos, y la guerra de afuera, ayuda de la revolución de dentro, devoró en pocos días el poder de Ulrico y Wladimiro, que parecían sentados sobre tronos inconmovibles de acero y oro. Combatidos, derrotados y abandonados de los que fueron cortesanos de la fuerza y parásitos de la fortuna, que se pegan al manto y no a la persona de los reyes, hubieron de huir de sus reinos con más prisa que equipaje y más miedo que comitiva para quitárselo.

El pueblo, desbordado, que, como los ríos, toma en una hora venganza de los diques y presas que lo oprimieron durante muchos años, se desquitó de las tiranías pasadas incendiando los palacios y castillos de sus reyes. Y no se libró de la ruina general el pobre Sergio porque en tales desquites suelen las familias padecer las culpas de las personas.

Los tres hermanos pudieron, con grandes fatigas, refugiarse en una nave extranjera que los dejó en isla remota y gobernada al uso patriarcal.

Ulrico desembarcó antes que los otros, con paso firme y cabeza erguida, como quien está acostumbrado a ser el primero en todo.

Siguióle Wladimiro, pisando con cautela para no poner el pie en el lodo y suciedad del camino y mirando con asco las toscas viviendas del país, como quien no sabe vivir sino en medio de sederías, tapices y regalo.

Iba detrás Sergio con cara de gozo y mirada de curiosidad satisfecha, como quien se recrea en conocer cosas y costumbres nuevas. Su amor al estudio le daba allí la felicidad que faltaba a sus hermanos.

Erraron durante algunas horas por la población solos y tristes, sin más abrigo que la ropa puesta y sin dinero para albergarse, porque los crueles revolucionarios les despojaron de todo lo que tenía valor. Únicamente se había salvado una cosa: un libro que Sergio se llevó consigo, y eso porque en el país era objeto despreciado que nadie quería.

Cogióles la noche y durmieron en mitad de la calle. Y durmieron mal y poco, porque no tardó en despertarles un guardia de la policía, advirtiéndoles que en aquel pueblo no se consentía la vagancia ni la mendicidad. Al verse tratados de tal manera los dos orgullosos monarcas se desmandaron contra el guardia y éste los llevó presos ante el jefe de la isla.

—¿Por qué dormíais en la calle?—les preguntó.

—Porque no tenemos nada.

—Pues hay que ganarlo con el trabajo. Se os dará ocupación. Tú, ¿qué sabes hacer?

—Yo, mandar—dijo Ulrico.

—Buen oficio mientras haya quien obedezca.

Yo, gastar—respondió Wladimiro.

—Buen oficio mientras haya dinero.

—Hemos perdido reinos y riquezas, todo, todo.

—Vosotros habréis perdido todo; yo, nada—dijo Sergio.

—¡Pues si ni tú ni nosotros tenemos más que lo que traemos encima!

—Por eso no he perdido nada. He salvado todo mi equipaje; lo traigo puesto en el cerebro.

—¿Y tu biblioteca?

—También la traigo en la memoria.

—Pues tú serás el único que vivas aquí.

Y los dos soberbios príncipes quedaron humillados ante aquel a quien tanto despreciaban, aprendiendo tardíamente que sólo hay un poder firme e imperecedero: el del entendimiento.

EUGENIO SELLÉS.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

Parricidio.—Mulos asustados.

Madrid, 21

Oviedo.—En el pueblo de Paviana, Francisco Pérez, al regresar de América después de una ausencia de cinco años, halló en la carretera esperándole a su mujer y una hija menor de cinco años. Al divisarlos Francisco disparó contra su esposa por suponer que el hijo no era suyo. La esposa cuedó muerta en el acto. Al niño alcanzóle otro proyectil, quedando en estado gravísimo. El agresor fué detenido.

San Sebastián.—Al pasar frente a la estación de Pasajes el coche en que iba el infantito Jaime, los mulos se asustaron con el ruido del tren que pasaba. El coche volcó en la cuneta y rompióse la lanza. El infante salió ileso.

Noticias de Africa.

Ceuta.—Ha sido reparado el cable de Ceuta a Estepona.

El vapor cablero *Falconia* ha marchado a reparar el cable de Tánger.

Melilla.—Se ha inaugurado, con asistencia de Aldave, el nuevo zoco de Benisidel, que ha estado concurridísimo. Se han celebrado festejos, fraternizando moros y españoles.

El vapor *Alemán* ha terminado la descarga del material del ferrocarril de Nador a Zeluán.

Avanzan los trabajos de la carretera del Quert a Zalo. Hay trabajando muchos moros. Cobran jornales de dos pesetas y están muy contentos.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

El nuevo sultán.—Poincaré en París.

París, 22 (2'45).

Muley Yussef saldrá el sábado para Rabat. El sultán visitará, según costumbre, los santuarios de la ciudad.

Interrogado M. Poincaré por *Le Petit Parisien* se ha extrañado de que se le atribuya la intención de negociar con el Vatic no sobre las diócesis de Marruecos.

La mayor parte de los periódicos consagran artículos encomiásticos al viaje de M. Poincaré hablando una vez más de la importancia y seguros resultados de dicho viaje.

Mil duros por cabeza.

París, 22 (8'30).

Según *Le Matin*, los europeos que se retrasaron al salir de Marrakesh fueron detenidos en el cammino y tuvieron que pagar un rescate de mil duros.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 22 Agosto (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decreto disponiendo se constituya en Santander una Junta denominada de construcción de la nueva prisión y que entienda en cuanto sea necesario para la pronta construcción en dicha capital de un edificio destinado a prisión preventiva y correccional.

Real orden dictando reglas sobre la presentación por los capitanes o patrones de los barcos que conduzcan pasajeros en el acto de la visita sanitaria o reconocimiento de llegada a los puertos.

Varias reales órdenes sobre nombramiento de tribunales de oposiciones, anuncio de ellas, traslados, concursos, etc., en Instrucción pública; entre ellas están las que nombran los tribunales para la plaza de profesor auxiliar de Copia de Detalles y Flora y Fauna vacante en la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona; la de profesor auxiliar de la cátedra de Perspectiva, Sombras, Estereotomía y Topografía de la misma y la de profesor auxiliar de Construcción, Tecnología y Arquitectura legalde las misma.

Resolviendo expediente en solicitud de que se ordene que los tribunales de examen para alumnos de colegios incorporados se constituyan con dos profesores oficiales y del respectivo colegio.

Nombrando profesor de Pedagogía de Gerona a don Casiano Costal Marinello.

Autorizando varios contadores de electricidad.

Aumentando la consignación señalada para estudio de los servicios que se indican a la División Hidráulica del Ebro.

Fin del conflicto.

Zaragoza.—Reunidos mil metalúrgicos acordaron volver hoy al trabajo, ratificando el acuerdo de la Junta.

Una Comisión de obreros ha visitado al gobernador para comunicarle los acuerdos y rogarle que influya con los patronos para la admisión del mayor número posible de ellos.

Los patronos proyectan activar los preparativos de la ejecución de obras, y conseguirlas, para remediar la crisis del hambre.

También se proponen repartir cartillas de ahorro y establecer escuelas nocturnas.

Ha circulado el rumor de que los parroquianos de cafés se proponían no dar propina a los camareros; pero todos las han dado, en vista de la armónica solución obtenida.

La huelga de albañiles ha durado 16 semanas.

Colisión.

Valencia.—Hubo una colisión entre carlistas y republicanos en la barriada de Socós, con motivo de una fiesta popular en la calle de Borrull.

Se ignora de dónde partió la agresión.

Ambos bandos cuestionaron acaloradamente, oyéndose tres disparos.

Acudió la fuerza pública.

Se ignora si hubo heridos.

Imprenta de EL PRINCIPADO. Escudillers Blanchs. 3 bis, bajo.

LAS RUINAS DE MI CONVENTO
MI CLAUSTRO
Octava edicion española ilustrada con gran número de grabados
Se vende en las principales librerias y en esta Administracion.